



DIÓCESIS DE CABIMAS

Mons. Ángel Francisco Caraballo Fermín

Obispo

**HOMILÍA DEL EXCMO. MONS. ÁNGEL CARABALLO, EN OCASIÓN
DE LA BAJADA DE LA VIRGEN DEL ROSARIO, PATRONA DE LA
DIÓCESIS DE CABIMAS, 2020**

Muy queridos hermanos y hermanas de esta diócesis de Cabimas que peregrina a lo largo y ancho de la Costa Oriental del Lago de Maracaibo: ¡Que la Santísima Virgen María, la servidora por excelencia, los bendiga abundantemente hoy, día en que efectuamos la bajada de la preciosa reliquia que la representa, para encontrarse con sus hijos, en estos momentos difíciles de pandemia!

Saludo a todos los hijos de Nuestra Señora del Rosario de Cabimas que están participando a través de los medios de comunicación y las redes sociales. Sepan que, en el momento del ofertorio, presentaré a Dios, Padre providente, todas sus necesidades espirituales y materiales y le pediré, desde lo más profundo de mi corazón, que abrevie este tiempo de prueba, siendo también consciente que, si amamos a Dios, todo esto, cooperará a nuestra santificación y salvación (Rm 8, 28).

Quiero recordar, de modo particular al Padre Andrés Montero, quien fue mi vicario general y párroco de esta parroquia, y cuyos restos mortales cremados reposan aquí hasta el día de la resurrección de los muertos. Bendigo al Señor por este gran sacerdote, cabimero de pura cepa, hijo y pastor de esta comunidad parroquial, colaborador íntegro y leal, que supo mostrar el rostro misericordioso y alegre de Jesús, Buen Pastor. Dirijo un especial saludo a su queridísima mamá, Doña Delia y a sus hermanos.

Permítanme iniciar esta homilía con las palabras de la Santísima Virgen María, que hemos escuchado en el Evangelio: *“Mi alma proclama al Señor, y mi espíritu se alegra en Dios mi Salvador, porque ha mirado la humillación de su sierva”* (Lc 1, 46-48).

El texto del evangelio que ha sido proclamado en este día nos invita a preguntarnos sobre María: ¿Por qué los católicos la veneramos? ¿Por qué

acudimos a su poderosa intercesión? Si la Biblia dice que *“hay un solo mediador entre Dios y los hombres, y ese es Cristo Jesús que murió por nuestros pecados”* (1Tm 2, 5), *“que Dios es un Dios celoso y no comparte su gloria con ningún mortal”* (Éx 20, 5). Es necesario hacerlo para formar a nuestro pueblo fiel y, así, despejar dudas sobre la auténtica devoción a María. Miembros de Iglesias y sectas religiosas afirman que los católicos somos adoradores y, por consiguiente, idolatras, por la fuerte devoción a María. Lamentablemente, los que no tienen formación religiosa, reducen la devoción a María a un mero sentimentalismo, o la consideran una diosa, con poderes extraordinarios y mágicos, capaz de hacer milagros y portentos en todos los órdenes.

Pero no es así. La Iglesia siempre nos ha enseñado que María, después de Dios, ocupa un puesto importante en la vida de los creyentes por un hecho de fe: ella es la madre de Dios, de Jesús, perfecto hombre y perfecto Dios, que murió y resucitó por nosotros, para darnos vida eterna. A María le rendimos el culto de especial veneración, *hiperdulía*, por su singular participación en nuestra redención. Ya el arcángel San Gabriel le rindió esa alabanza al decir: *“Alégrate, María, llena eres de Gracia, el Señor es contigo”* (Lc 1, 28). Y su prima Isabel, al recibirla en su casa, exclamó: *¿De dónde a mí que la madre de mi Señor venga a visitarme?, Dichosa tu porque has creído, Bendita tú entre todas las mujeres y bendito el fruto de tu vientre* (Lc 1, 42). Y la misma María lo reconoció cuando cantó con alegría: *“me llamarán bienaventurada todas las generaciones porque el Señor ha hecho en mí grandes maravillas”* (Lc 1, 48-49). La Iglesia, todos nosotros, lo que hemos hecho desde sus inicios es reconocer las maravillas que el mismo Dios realizó en ella. Por eso, la Iglesia insistentemente ha motivado a sus hijos a que le rindan culto a María, especialmente el litúrgico, pidiendo *“que se abstengan con cuidado de toda falsa exageración como también de una excesiva estrechez de espíritu, al considerar la singular dignidad de la madre de Dios”* (LG, 67).

Rendir culto a María, no se limita a formular oraciones y cantos, asistir a las procesiones, llevar un escapulario, prender velas o colocar flores ante sus imágenes, como manifestación de amor y piedad. Va más allá. Significa que glorifiquemos a la Madre de nuestro Salvador con nuestras propias vidas, que seamos buenos hijos, que nos parezcamos a ella, que transparentemos, con nuestros actos, sus virtudes y su sencilla aceptación de la voluntad del Altísimo. Si no llegamos a este punto, nuestra devoción será

vacía, no meritoria, dignos de aquella reprensión que leemos en el profeta Isaías *“este pueblo me alaba con los labios, pero su corazón está lejos de mí”* (Is 20, 13).

Una de las virtudes que resaltan en la vida de la Santísima Virgen María y que tanto hace falta en el contexto político, social y económico que estamos viviendo en el mundo es la solidaridad. El Papa Francisco la definió como la "palabra clave de Evangelio", pero que "está mal visto" y da "miedo" en el mundo y, también, a veces en la Iglesia. *“En la Iglesia, pero también en la sociedad una palabra clave que no debemos temer es "solidaridad": es decir, saber poner a disposición de Dios y de nuestros hermanos lo que tenemos, nuestras humildes capacidades, porque sólo compartiendo, donando, nuestra vida será fecunda, dará frutos”*.

Si leemos cuidadosamente los pasajes de la vida de María en el Evangelio, nos daremos cuenta de que María vivió esta virtud en grado heroico, y fue modelo para su hijo y sus paisanos.

María fue solidaria con Dios. Ante el anuncio del Arcángel de que ella sería la Madre de Jesús, respondió con obediencia y libertad: *“aquí está esclava del Señor, cúmplase en mí lo que has dicho”* (Lc 1, 38), y, a partir de ese momento, *“Dios se hizo hombre”* y vino a vivir para siempre con nosotros.

María fue solidaria con la humanidad. Ante la noticia de que su *“prima Isabel, a pesar de su vejez, ha concebido un hijo, y la que decían estéril está ya de seis meses: para Dios no hay imposibles”* (Lc 1, 36-37), María decidió ponerse en camino inmediatamente para ir a ayudarla. María no se queda extasiada, fuera de sí, por la alegría. No permanece inactiva, embelesada en su mundo de mujer joven que necesita cariño, confort, mimos y cuidados especiales. No se lanza a gritar a cuatro vientos su privilegio de que en ella se cumplían todas las profecías. María se olvida de sí misma, sale de Nazaret en carreta, a toda prisa, a la montaña, a unos 120 Km, porque ella, a semejanza de su hijo, vino a servir y no a ser servida.

María es solidaria y cree en el Dios solidario con los pobres y los humildes. En su canto de alabanza a Dios afirma: *“su brazo interviene con fuerza, desbarata los planes de los soberbios, derriba de trono a los poderosos y exalta a los humildes, a los hambrientos los colma de bienes y a los ricos los despide vacíos”* (Lc 1, 51-53). Es decir, que el Dios de María, el único Dios vivo y verdadero, no está a favor de los soberbios que se creen más que los demás, ni de los

ricos, insensibles a la miseria de los pobres, y buscan por todos los medios enriquecerse, acumular bienes sin respetar la justicia, y mucho menos con los poderosos que quieren someter a los hijos de Dios. El Dios Santo y Todopoderoso de María es solidario y está a favor de los humildes, de los humillados y de los pobres. Ya lo expresaría el Humilde carpintero de Nazaret, el verbo hecho carne, al dirigirse a su Padre diciéndolo *“Te doy gracias, Padre del cielo, porque les ha ocultado estas cosas a los sabios, y se las ha revelado a la gente sencilla”* (Lc 10, 21).

María es solidaria al lado de su hijo que muere en la Cruz. La solidaridad lleva a Dios, a hacerse hombre, en Jesús de Nazaret. La solidaridad de Jesús con Dios y con la humanidad lo lleva a la pasión y a la Cruz. Sus parientes que querían que Jesús fuese a Jerusalén, para ganar en prestigio, no dieron la cara por él. Los Apóstoles que aspiraban a los primeros puestos, lo dejaron solo. María, que había aceptado plenamente en su corazón y en su vida al Dios solidario y salvador, estuvo junto a la cruz donde agoniza su hijo, preso por causa de la justicia, torturado y condenado. Se cumple la profecía *“a ti una espada te traspasará el corazón”* (Lc 2, 35). La madre que da la cara, que no se rinde ante las dificultades sino, más bien, se engrandece y muestra su altura espiritual, silenciosa, digna, valiente.

Finalmente, el Señor se ha hecho solidario con nosotros, cuando nos dio a María como Madre en la Cruz: *“Hijo, he ahí a tu madre”* (Jn 19, 27). Recibámosla en nuestros corazones, en nuestras familias, en nuestra comunidad. Invoquémosla, dirijamos a ella nuestra alabanza y veneración. Acudamos a su poderosa intercesión. Pero, sobre todas las cosas, imitémosla, seamos buenos hijos.

Este momento de Pandemia nos brinda una ocasión especial para manifestar nuestra solidaridad. La Iglesia, en este sentido, siguiendo el mandato de Jesús *“denles ustedes de comer”* (Lc 9, 13), desde su propia pobreza, ha auxiliado, acompañado y animado al pueblo pobre. Jesús fue enviado a llevar el Evangelio a los pobres y nosotros los cristianos estamos llamados a tener *“los mismos sentimientos de Jesucristo”* (Flp 2, 5). El Papa Francisco ha insistido que quiere una Iglesia que ame entrañablemente a los pobres.

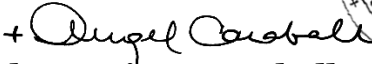
Hace ya varios años, en mi tiempo de formación de seminario, leí una parábola que nos pude ayudar a entender en qué consiste el amor cristiano a los pobres.

Se cuenta que un día salieron a dar un paseo tres amigos que profesaban religiones distintas: un seguidor de Confucio, un comunista y un cristiano católico, y encontraron a un hombre que había caído en un hueco. El seguidor de Confucio lo vio, y le dijo: eso te pasa por idiota, por no estar concentrado en lo que hace, y siguió adelante. El comunista lo vio, y gritando le dijo: estás allí por culpa del imperio y de los burgueses, trata por tu cuenta de salir de allí y júrame que buscarás el que hizo el hueco y lo tirarás para que tenga tú misma suerte. Las injusticias se solucionan, dice el comunista, con el odio y la lucha de clases. El cristiano católico, en cambio, al ver al hombre en el hueco, entró en él, lo levantó, lo auxilió, y juntos taparon el hueco para que, en el futuro, no vuelva a caer otra persona.

Este último es el amor que nos enseñó Nuestro Señor Jesucristo. Él mismo se hizo pobre por nosotros, y nos prometió que, si ayudamos a los pobres, recibiremos la corona de gloria, que no se marchita, la salvación eterna. Esta es la verdadera solidaridad cristiana.

No nos dejemos embaucar por aquellos que, en vez de servir a los pobres, se sirven de ellos para obtener beneficios ideológicos; que constantemente propugnan el odio y la lucha entre hermanos, dividiendo la familia; que empobrecen para que la gente dependa de ellos; que quitan la esperanza del pueblo.

Pidámosle a Nuestra Señora del Rosario de Cabimas que vuelva hacia nosotros sus ojos, llenos de misericordia y de bondad, y nos ayude a amar a nuestros hermanos, como nos lo pidió su hijo Jesús. Amén.


† **Ángel Francisco Caraballo Fermín.**
Obispo de Cabimas

